

Subconsciente; Mundo de Luz **y Memoria de Vidas Pasadas: JULIÁN**

Vida de Indio en el Gran Cañón

15-01-2009

De la mano de Kakán voy profundo en mi subconsciente en busca de memorias de Vidas Pasadas. Empiezo a ver imágenes débiles que; poco a poco; se van haciendo más claras y nítidas.

Me rodea un paisaje árido de tierra roja; estoy parado en un risco muy alto al borde del Gran Cañón. Es de tarde y quedan algunas horas de sol. A mis espaldas hay una cueva; vuelvo mis pasos y entro en ella; es profunda y las paredes están adornadas con dibujos de animales muy parecidos a venados; también hay montañas y aves. Todo el ambiente está iluminado por una fogata frente a la cual está un hombre muy similar a mí. Ambos somos de piel bien morena; cabellos negros y enmarañados; nuestros cuerpos son delgados pero fuertes; y, aparte de algunos adornos, sólo tenemos taparrabos. Nuestras edades rondan los 35 años.

Veo a mi compañero por un momento, y me siento a su lado, de cara al fuego; él empieza a cantar y hablar muy bajito, mientras prepara algo en un pequeño cuenco de madera. A la par de todo lo que él hace surge en mí un cariño inexplicable por la tierra en la que estamos; puedo sentirla y notar que está repleta de vida. Ahora, en el silencio, tengo entre las manos el recipiente con el preparado; es una medida pequeña de un líquido muy especial; me va a permitir unirme al espíritu de las águilas y transformarme en una.

Lo bebo tranquilo sin reparar en el sabor y, casi al instante, siento cambios; me dejo llevar y, al poco tiempo, me convertí en lo que esperaba en el piso de la cueva. Por alguna razón sabía que no podía echarme a volar inmediatamente; así que esperé y después de un rato, haciéndole caso a una orden interna o tal vez a la del brujo, me lanzo al aire y elevo mi nueva forma.

Puedo ver muy lejos, a una gran distancia, y recuerdo que mi tarea es buscar una nueva tierra en la cual pueda asentarse nuestra comunidad; donde estamos escasean los alimentos y hay enfermos. Sabía que nuestra situación no era buena y que había pocas probabilidades de encontrar lo que buscábamos; pero allí arriba sentía tanta soltura y todo lucía tan encantador que olvidé mi melancolía.

Voy en dirección sur; atraído por el brillo de un río muy lejano que recorre el interior de una selva. Sobrevuelo el lugar en busca de un claro que nos sirviera; pero no encontré ninguno. Desciendo a tierra y veo que la vegetación es espesa y el ambiente húmedo; intuyo que un lugar así no nos conviene. De repente, como si mi compañero estuviera a mi lado, siento su llamado y lo veo. Es tiempo de volver y emprendo el regreso sin apuro. En este estado, mi conciencia del tiempo y del espacio, es diferente; no me preocupan.

Ya en la cueva; veo mi cuerpo dormido contra la pared y lo poseo. Mi compañero se acerca y se sienta; noto que está ansioso y lamento mucho tener que darle malas noticias; pienso que de algún modo él las esperaba. Ambos estamos de acuerdo en que el lugar no es adecuado; aún así la última decisión es del anciano de la tribu; con la poca luz que queda del día, partimos para encontrarlo. Recorrimos un trecho desértico que de a poco fue dejando paso a las plantas, hasta que llegamos a la aldea, en un espacio de tierra despejada en medio de todo el verdor.

Las casitas eran muy simples y pequeñas, construidas con ramas y hojas tejidas en las paredes y el techo. Eran pocas y se disponían a los lados de un camino que terminaba en la casa del mayor; él era nuestro guía; nos aguardaba; después de saludarlo le contamos todo en el interior de la vivienda. Pensó por un momento y decidió que lo mejor iba a ser quedarnos donde estábamos. Los cazadores irían a aquel lugar en el que estuve, a buscar alimentos, y el resto se quedaría ocupándose de las tareas diarias mientras que sólo algunos de nosotros, atenderíamos a los enfermos. Al día siguiente, obedeciendo instrucciones, ubicamos a los afectados en las casas que estaban a un sólo lado; mientras que a las otras casas, las ocupamos los sanos.

Mi compañero y yo comenzamos el tratamiento de los enfermos con una mezcla hecha por el viejo. La enfermedad afectaba la piel y se formaban lastimaduras donde días atrás sólo aparecían ronchas. Nadie estaba seguro de qué la causaba, pero era reciente; mi mente la asociaba a un insecto parecido a una chinche, negro y con un piquito mediano.

Transcurrimos los días, sobreviviendo con lo mínimo y viendo cómo el mal que nos acosaba se contagiaba entre nosotros. Varios de los que se fueron en busca de alimentos no regresaron; y aquel lugar tan repleto de vida en su momento, era ahora un sitio abandonado. Nuestro guía, sintiéndose culpable de lo que ocurría, ya no se mostraba y permanecía todo el tiempo encerrado. Yo comencé a sentirme cansado y contraí la enfermedad, que avanzó rápido por mi cuerpo llenándolo de llagas.

Pasé el resto de mis días recostado en el suelo de una choza, con fiebre, sin fuerzas, con dolores y temblores. A la última persona que vi fue a mi amigo, que vino a despedirse una tarde antes de marcharse. Y esa misma noche, presintiendo que hasta allí llegaría, le agradecí a la Tierra por todo lo que me había dado y deseé lo mejor para los que se quedaban. Luego abandoné el cuerpo y lo miré por un tiempo mientras algo me tiraba suavemente hacia arriba.

Mundo de Luz

Me di la vuelta y me encontré con un portal de Luz cuyo brillo aumentaba a medida que me acercaba, hasta encandilarme en el momento de atravesarlo. Estaba algo confuso en este nuevo lugar y esta sensación desapareció cuando el Ser de Luz, que me esperaba, me abrazó y me dijo que soltara mi pena por lo que había ocurrido, porque la vida siempre continúa a su manera y todo lo que ocurre tiene su causa en algo.

Señaló un paisaje lejano y hacia allí volamos juntos, hasta un lugar extraordinario en lo alto de una montaña, en cuya punta el suelo estaba completamente alisado. Allí, sobre el espacio de un cuadrado de color blanco, con un dibujo violeta en el centro, que se expandía en cruz hasta tocar una columna que había en cada uno de los vértices; cuando me posicioné en el medio de este escenario, de ellas se desprendieron rayos muy rojos que me dieron de lleno

haciéndome crecer y cambiar de vibración. De repente, de ese suelo tan particular, salió una Luz muy blanca que me elevó y mantuvo en el aire por un rato; desde allí podía ver una ciudad luminosa con edificaciones similares a las construcciones Mayas. Y, todo el cielo, tan maravilloso, era de color violeta y se degradaba hasta el naranja en el horizonte. Yo sentía una gran liviandad y muchos sentimientos profundos despertaron en mi interior; me sentía un Alma nueva, fresca, repleta de anhelos y vitalidad.

Antes de viajar hacia otro sitio, un solcito se acercó a nosotros; dio una vuelta en torno mío y se alejó a toda velocidad. Después caminamos por una avenida corta, ancha y con columnas distanciadas, unas de otras, ubicadas a los lados; entre ellas había entidades luminosas en posturas meditativas, adornadas con lo que parecían ser túnicas anaranjadas muy brillantes. El Guía a mi lado me explicaba que estos Seres trabajaban en la purificación de los planos y, especialmente, en la del plano físico. Me dice que sienten un gran placer en prestar servicio y que su ayuda se ve muy reducida por las creencias alteradas que hay en la Tierra; ya que si todos reconociéramos su existencia y los recordáramos con consciencia, ellos podrían actuar sin trabas sobre nosotros. Me recalco que se valían de la energía para todos sus propósitos y, excepcionalmente, de la energía del Amor, que queda impregnada en el aire y es canalizada para producir grandes transformaciones.

En todo momento podía percibir en mi Guía un Amor y una Bondad infinitas; y, cuando terminó de instruirme, se hizo a un lado para que las entidades del lugar me rodearan formando un círculo, tomadas de las manos; así actuaron sobre mi sexto loto, refinándolo hasta que cambió de color.

Lo último que se me dijo, antes de volver a encarnar, fue que era muy importante que recordara todo lo que había visto y aprendido, porque debía usarlo y producir todo el bien que pudiese. Me habló una y otra vez de lo indispensable que es Amar y hacer las cosas con Amor y, antes de abrazarme, y fijar todo profundamente en mí, me recordó que todo lo que se me había dado era para compartir y no para llevar una vida solitaria, aprovechada sólo por mí y nadie más.

Finalmente entro por un tubo de Luz que me absorbe y se estrecha, arrastrándome hacia un nuevo cuerpito preparado para nacer. Mi

madre y una partera me traen al mundo. Mi madre me tenía en sus brazos llenándome de besos y amor; la partera parecía tan feliz que reía, mientras decía que era una niña especial y que iban a hacer algo muy bueno conmigo. Las tres éramos negritas. Kakán me indica que hasta aquí llegaríamos en esta ocasión; y me trae al tiempo presente.

.....

NOTA: Todos los relatos de esta serie tienen copyright, estando registrados bajo el número de **ISBN: 978-987-05-5113-3**